

ECO DEL SEGURA

AÑO VIII.

CIEZA 11 FEBRERO DE 1912.

NÚM. 347.

DEL TIEMPO VIEJO

De momento, no recuerdo con qué motivo, me refirió un amigo tan digno de respeto, como por mi respetado, la siguiente y hermosa anécdota, que encierra todo un curso de sana y profunda filosofía de la cual estamos muchísimo necesitados en estos tiempos.

Contaba así mi amigo: «En la guerra con los carlistas, allá por los años 18...., y 18...., mandaba un cuerpó del Ejército español el entonces coronel Moriones. La conducta del que por su cargo estaba obligado á dar ejemplo, por el contrario, dejaba bastante que desear. Según se decía en público, pero siempre en *secreto*, por temor á ser juzgado por el coronel Moriones que no respetaba á nada ni á nadie, que este señor, se apropiaba, *buenamente*, cuanto no era suyo y se ponía al servicio propio todo cuando era del servicio de los demás. El coronel Moriones era un *temible autropófugo* que *engullía los niños crudos*, según frase de un atemorizado subalterno andaluz.

Era cura del cuerpo de Ejército que mandaba el, después, ilustre general, un *pater*, delgado, alto, seco modelo de virtudes, tan aliñado de carnes, como cargado de ciencia y de profundo conocimiento del humano corazón.

Se llamaba, el Padre Agapito, ó por decir mejor, así lo llamaban todos los servidores de la santa caza.

Al noble y santo presbítero jamás se le oyó, ni aun en la más íntima de las confianzas, hablar mal de ningún inferior, ni de ningún igual, y, mucho menos, de ningún superior.

Aunque él estaba en el secreto de todos los actos del coronel Moriones, pues éste depositó siempre su confianza en aquél santo varón, distinto á todos los hombres en todo, raro en sus costumbres, é imperturbable, como una roca, el padre Agapito, cuando los oficiales, ante él se quejaban del proceder del jefe, siempre

cortaba la discusión diciendo: «¡Calma, señores; calma! ¡Cómo está el mundo! No hablen mal de quien mañana, tal vez, hablen bien! ¡Cómo está el mundo!»

Y siempre, estas sentenciosas frases, cortaron la discusión y los vuellos á la maledicencia de los militares.

«Ya ven ustedes—decía el *Pater*— porque llevo yo á diario levita y chistera, fuera del servicio, con alpargatas, porque busco mi absoluta comodidad, sin importarme un comino lo que diga el mundo, sé que más de dos de los que me escuchan dijeron veces ciento, que el Padre Agapito está loco, y que si está ahorrando *para comprar el Cielo*. ¡Que disparate! ¡Ni el Cielo se compra, ni al Cielo se entra antes con uniforme de gala!»

¡Y cuánta razón tenía el Padre!

Pues bien; por todos los jefes y oficiales, *santamente* se despellejó, como mejor se pudo al Coronel, y hasta se tramó en la sombra el quejarse en debida forma á la superioridad, para poner correctivo á tantos desmanes.

Mas los acontecimientos vinieron de manera que de la noche á la mañana fué ascendido á General, por méritos de Guerra, el Coronel Moriones. Y, éste, hombre acostumbrado á no temer á las palabras de los hombres, porque jamás tuvo miedo á las balas del enemigo, y en posesión de cuanto se murmuraba y se decía de él, al siguiente día de ceñir los entorchados y empuñar el bastón de mando, preparó un banquete monstruo, al que fueron invitados todos los jefes y oficiales del Regimiento que, como Coronel, mandara antes, aparte de los demás conocidos y compañeros del arma.

Como es natural, faltar no puedo á aquella fiesta esplendorosa el Padre Agapito, el guardador de los secretos del ya General, á la vez que de las calumnias y murmuraciones que los militares lanzaron en contra del que hoy festejaba y era festejado.

Reinó en el banquete la mayor cordialidad que puede darse. Todos los asistentes tenía fijos los ojos,

para sonreír al que podía otorgar mercedes, al igual que mandar que se dieran cuatro tiros, sin responsabilidad alguna.

Llegó la hora de los brindis, y por orden de gerarquía, de graduación, de años y de ciencia, fueron levantando la copa los comensales para brindar por la salud del hoy modelo de todo lo bueno, lo noble, lo digno y lo grande, y ayer, ejemplo de lo malo, lo perverso y de todo lo que rebajaba y designaba, según ellos.

Todos charlaban gozosos y aplaudían frenéticos al que más se deshizo en elogios desmedidos y en mayores lisonjas y adulaciones hacia el General.

Sólo permaneció mudo á todo, y ante todo indiferente, como si nada ante él pasara, el Padre Agapito, mudo como la tumba, imperturbable como la roca, frío como témpano de hielo.

Muchos repararon en aquella figura lívida, siniestra, con levita larga y estrecha y blancas alpargatas.

Y, los últimos, pidieron al *Pater* que brindara, pues, decían, que el Padre más parecía sentir que alegrarse del ascenso de Moriones.

Varias voces, como una sola, pidieron que brindara el Padre Agapito, y éste, ante un ligero ruego del General, cojió la copa que tenía sin haberla probado, y lívido, siniestro, frío como la tumba é imperturbable, como una roca, dijo: Señores: Tiempo atrás, oía, se me decía por muchos de los presentes, que el Coronel Moriones abusaba de los derechos de los demás en beneficio suyo. Se me llenaban á diario los oídos, por muchos de los presentes, que el Coronel hace y deshace, á su antojo de modo arbitrario; lo que quiere de á lo que no puede ni debe; y yo, más conocedor del corazón humano que los que tales cosas me decían, siempre les argumentaba en contra con éstas palabras: ¡Calma, señores; calma! ¡Como está el mundo! ¡No hablen hoy mal, de quien, tal vez mañana hablen bien! ¡Como está el mundo!

¡Ayer el Coronel era un cual-

quier cosa; hoy es una gloria; ayer un desalmado, hoy un héroe....

Con asombro el Padre Agapito no pudo terminar su rifirrafe, porque al llegar á las últimas palabras que citamos, se vió solo. Los comensales fueron desfilando todos ante la lógica aplastante de aquel santo varón, seco y duro en su decir, como secas y duras eran sus facciones. Y aun los rezagados le oían decir al *Pater*: ¡Como está el mundo!»

Hasta aquí llega la anécdota que nos refirió un amigo nuestro tan respetable por su estado, edad y ciencia, como por nosotros respetado y querido.

Y nosotros meditando sobre este hecho histórico, y conociendo el estado actual de nuestra sociedad, escribimos este artículo, pensando en lo que entonces, como ahora, abundan los seres, que siguen la conducta de aquellos oficiales y jefes que del suyo murmuraban en la sombra y en la falta que hacen cientos de Padres Agapitos.

Por más que tenemos la seguridad, que hoy aunque el *Pater* digera mucho más de lo que el Padre Agapito dijo no se quedaría solo en la mesa del banquete.

¿Porqué? ¡Eso yo no lo digo! Que lo diga el lector.

¡Qui potes capere capiat!»

RAMÓN M.^a CAPDEVILA

Colegio del Santo Cristo

El jueves, día 8 del corriente, celebró este Centro de Enseñanza la fiesta del aniversario de su fundación.

Diez y ocho años há que abrió sus puertas á una generación de niños, hombres hoy ya. Tras de aquella primera generación, otra, hoy también hombres, y la mayoría de unos y otros, hombres de provecho en sus respectivas carreras, oficios y profesiones, dicho sea en honor de los mismos, y algo también en honor de este Centro que les dió el primer impulso, bien utilizado después por una virtuosa laboriosidad.

Las puertas de este Colegio continúan abiertas á la educación y en-

